

Habían pasado muchos años inútiles sobre la cama vacía de Pilar; muchos años en que los padres de la niña muerta no sintieron la vida correr y se estuvieron detenidos y mudos, absortos en su desventura al borde de la cama blanca, puesta a la orilla del gran lecho matrimonial.

Carlos y María hubieran jurado que, durante aquel tiempo de su infortunio, todas las horas habían sido yertas y grises, huraños todos los celajes, estériles todos los campos, turbio el rostro de la Naturaleza.

Sólo sabían, ciertamente, que sus caudales no tenían destino; que fluía sin rumbo ni esperanza la ternura de sus corazones...; ¡que se había quedado sin dueña la camita preciosa de Pilar!

Era una noche blanca y pura, toda plateada de nieve y de luz; era una noche bella y cruel.

Redaba la luna llena en un cielo immaculado, y bajo la curva del firmamento, luminosa y azul, tendíase con rigidez la llanura alba y muerta del ancho valle nevado.

Estábase la vida en la aldea muy callada, tan en silencio como si el pueblo durmiese amortajado por el sudario espeso de la nieve.

María y Carlos, como siempre solos y tristes, suspiraban sentados a la par de la chimenea revestida de mármoles, donde la leña combusta alzaba un amistoso resplandor de hogar. Tenían apagado el fanal de su lámpara y descubiertas las vidrieras del balcón para que les alumbrase la luna. La cual se expandía en el aposento triunfalmente, envuelta en la cegadora blancura que del valle iba tonfando.

Con aquella claridad intensa llegó a la estancia un rumor confuso, como de ruedas y cascabeles, y hasta los rotos ecos de un cantar y las errantes notas de un clarín: ráfagas, sin duda, de un soplo de vida fluyente por el camino.

Más, a poco, sintióse a la puerta de la casa un tímido llamamiento, tan inseguro y leve, que el mismo Carlos, tentado por la curiosidad de aquel sonajete humilde, se levantó a ver quién llamaba.

Desde el sillón oyó María una perlada cantinela en acordes con el grave acento de su marido, y en seguida vió, con asombro inmenso, que Carlos regresaba al gabinete con una niña de la mano.

¡Válgame Dios, qué criatura!... Era blanca y azul como la noche que la traía; era como la noche, serena y hermosa. Llegaba toda llena de la fría cruel

dad de la nieve y de la rutilante maravilla de la luna.

Aparecíase vestida con livianos tules fulgurantes; lucía en la frente una diadema, remedo de jardines en capullo, y calzaba los pies enanos con unas bichuchas silenciosas; tenía dorados los cabellos, zarcos los ojos, nivea la cara, el ademán dolorido y gentil.

¡Válgame Dios, qué bella y qué triste era la niña! Alóñita María al contemplarla, para convencerse de no padecer una fascinación, le tendió los brazos, preguntándole:

—¿Eres un ángel?

Soltó ella el arroyo de su garla infantil, y fué cantando:

—Soy una niña pobre; me dicen de nombre *Mariposa*; hago volatines y comedias; sé cantar... llorar no sé. Iba en un carro con «unos» que me hacían trabajar y me pegaban... Tengo miedo y hambre... ¡también tengo frío! Esta noche me hice la dormida para escaparme, y como vuestra casa me pareció muy poderosa, al cruzar por aquí me dejé caer al suelo sin que nadie me viera. Estuve caída, como un montón de nieve, hasta que el carro se alejó... Ahora, si me dais posada y tenéis lástima de mí, yo cantaré para divertirlos y repetiré todos los juegos difíciles que hacía en las calles y en las plazas...

María la tomó en su regazo con profunda emoción, y mientras Carlos, igualmente conmovido, escuchaba, se amistarón las dos en este coloquio:

—¡Pobrecita!... ¿No has conocido a tus padres?

—No; soy una niña regalada. Me han contado que, cuando nací, una mujer, llevándome en brazos, fué donde esos comediantes, y les dijo: «¿Queréis esta criatura?... Os la regalo...» Y ellos contataron que sí...

—¿Cómo es que no sabes llorar?

—Porque cuando supe me castigaron mucho. Entonces aprendí a beber las lágrimas y se me han secado los ojos; ¡mira!

Y a la luz nitescente de la luna mostraba las pupilas enjutas bajo el sérico rizo de las pesañas.

—Y rezar, ¿tampoco sabes?

—Tampoco.

—¿Conoces a la Virgen?

—No la he visto, pero he oído hablar de ella «por ahí».

Y señalaba hacia el camino, lleno de la milagrosa belleza del paisaje.

—Te la voy a enseñar -- dijo María.

La llevó con dulzura hasta un cuadro de la Inmaculada, alto en un lienzo, bañado por la peregrina claridad de la noche, y murmuró, devota:

—Esta es la madre de las pobres niñas regaladas.

Levantó la chiquilla hacia la imagen su rostro pálido y triste, y como si la reconociera en su memoria, pronunció, dulcemente:

—¡Ah, sí; esta es!

Le tiró un beso y quedó largo rato contemplándola.

Para remediar a la niña bohemia no se habían consultado los esposos; ambos eran clementes y en tácito acuerdo de generosa voluntad se sentaron a su mesa aquella noche y le dieron halagos y calor.

Sólo, al tiempo de acostarla, cambiaron un signo interrogante después de posar los ojos en muda caricia sobre la camita de dorado rastel, intacta durante muchos años de duelo.

Pero como Carlos nada resolviese, María inclinó la cabeza con pesadumbre y le improvisó a la niña un lecho confortable en el sofá de terciopelo blanco.

Ya crecida la noche, la señora, inquieta y vigilante, se incorporó en la cama para ver a su protegida, y hallóla, con sorpresa, hincada ante el cuadro de la Virgen, en el arroyo de una fervida oración desatada con ternura y lirismo, llenos de candidez.

UN HOMBRE BUENO

I
«Querido Juan: Espero que perdones, que seas, una vez más, el hombre bueno que siempre has sido... Es insensato suponer que yo pude obrar abrigando algún sentimiento inconfesable. ¡Así es como pagais vosotros, los hombres buenos! Yo, para tí, para todos, seré mientras viva el *bala perdida*, el calavera incapaz de una acción noble, desinteresada... Pues bien: ¡te juro que *aquella mujer* no era digna de llevar tu nombre! Por eso, solamente por eso, precisamente por eso, la obligué a que se apartara de tu lado... Hice bien, yo creo que hice bien. Había sido mía antes de que la conocieras, y no quise que, llevado de tu generosidad y tu confianza ciegas, de hombre enamorado, te casaras con ella. La amenacé con «decírtelo todo»... y hnyó. ¿Para siempre? ¡quién sabe! Tal vez vuelva algún día... Tal vez haya vuelto ya. Porque ella, querido Juan, no vió en tí al hombre que podía hacerla feliz con su bondad y su inteligencia... ¡vió en tí al hombre rico!

Tu vida quedó destrozada al irse «ella», ya lo sé. Pero ¿no vale nada verte hoy libre de toda la vergüenza que aquella aventurera pudo echar sobre tu nombre honrado?

Contaba la chiquilla apenas siete años y ya era sabia, con la sabiduría penosa que el dolor produce. Así le estaba diciendo a la Purísima un santo discurso de amor y gratitud, cuando María la llamó suavemente:

—Mariposa, ¿qué haces?

Ella volvió la mirada con júbilo, respondiendo:

—Ya sé rezar..., y sé llorar también; ¡mira!

Con las plantas desnudas fué hacia la dama en callados pasitos sobre el tapiz, a la cobarde luz del encenso fanal.

Quiso mostrarle su rostro alegre, mojado de lágrimas felices, y trepó al barandaje de la camita para acercarse mejor al lecho de los esposos. Se inclinó con exceso, y cayó, blaudamente, en el fonce colchón abandonado.

Trémula y ansiosa, gritó María:

—¡Carlos, Carlos! La niña regalada se ha caído en la cama de Pilarin.

Medio en sueños, Carlos preguntó:

—¿Se ha caído?... ¿Desde dónde?

—No sé... Desde la noche, desde la nieve... Desde el cielo, quizá...

—Sí, sí; desde el cielo—aseguró el esposo, despierto ya y sonriente.

Y añadió, en seguida, mirando con gozo a la chiquilla, desnuda y graciosa:

—Abrigala, guárdala; nuestra es la misericordia de Dios nos; la ha regalado en esta noche blanca, llena de nieve y de luna...

Por todo lo cual, me creo digno de tu perdón y de tu amistad. Aunque *así* vivo tranquilo sabiendo que hice una obra buena. ¡No todas las obras buenas han de hacerlas los hombres buenos! Un abrazo de tu pobre amigo.

Antonio.

II
«Antonio: Siempre te he creído capaz de las mayores infamias. Por eso, solamente por eso, precisamente por eso—¿sabes que estás hecho un *gran escritor*?—no me ha extrañado tu carta. Seguramente ignoras que ¡aquella mujer, aquella santa mujer que has profanado sólo al nombrarla, es *mi esposa*! No digo más. Algún día nos veremos y entonces—aun despreciando esas intrigas absurdas con que pretendes amargarme la vida,—sabrás quien es Juan.»

III

Pasaron los años...

Y un día, lector, la Vida puso frente a frente a Juan y Antonio. Y Juan, el *hombre bueno*, partió el corazón de Antonio, el calavera empedernido, de una estocada. Y su vivir jamás vino a turbarlo el remordimiento.

¡Oh, los hombres buenos!...

José S. SERNA PÉREZ